



LA CONDENA DE EDIPO  
CLAUDIO MARTÍN

**LA CONDENA DE EDIPO**  
DE CLAUDIO MARTÍN

---

*A mi hija Claudia,  
porque se lo prometí.*

---

**PREFACIO.**

---

*¿Por qué Edipo no se quita la vida? ¿Por qué, conociendo de ante mano su destino, no renuncia a la existencia y pone fin a lo que será una vida avocada a la desgracia y el sufrimiento?*

*Los griegos tenían la virtud de no mostrar los suicidios en escena, era siempre un enviado el encargado de relatar con detalle el fallecimiento del personaje; de alguna manera lo consideraban un acto íntimo de liberación. Así, un mensajero, nos describe emocionado cómo Edipo, tras encontrar a su madre-esposa ahorcada con su propio ceñidor, se vacía los ojos con los broches que adornaban los cabellos de Yocasta. En este momento la tragedia parece exigir un paso más para Edipo, tal vez el definitivo; dar fin a sus días, pero sin embargo decide proseguir, eso sí, privado del sentido de la vista.*

*Este hecho nos hace dudar sobre nuestro personaje. Por un lado lo podemos considerar un hombre dotado de tal fortaleza que, a pesar de todo, decide afrontar su destino. Por otro, algo que escapa a su propia voluntad le impide quitarse la vida, y sólo puede mitigar su desgracia oscureciendo las escenas que sabe que ocurrirán y le serán ingratas. Es la única licencia que le otorgan los dioses; no ser testigo visual de su destino, pero sí le obligan, le condenan a soportarlo.*

*Teseo, el héroe nacional griego, acompaña a Edipo hasta las inmediaciones del bosque de las Euménides y es testigo de cómo se adentra para desaparecer. Éste es el testimonio que más se aproxima a su muerte. Para todos los demás personajes que rodean a Edipo siempre hay un testigo que fehacientemente nos describe su muerte o nos la atestigua, sin embargo de él, según Sófocles, todo se limita a una despedida.*

*Para los griegos, como para cualquier pueblo, dar sepultura a sus muertos es un hecho capital – la tragedia de Antígona se basa en ello –, sin embargo la mitología nos condena, en este caso a nosotros, a*



*renunciar a esta circunstancia definitivamente, pero también da pie a la interpretación.*

*La circunstancia de que Edipo contribuyera a engendrar hijos en el mismo vientre que lo gestó, es un hecho que completa la continuidad; cierra el círculo de su vida y, de alguna manera, lo separa de ella, desposeyéndolo de autoridad, de esa misma autoridad que tuvieron Antígona o Yocasta para darse muerte.*

*Edipo es perdurable, pero no eterno. Edipo es el hombre como especie, y como tal avanza en el tiempo. Su ceguera no es sino el futuro imprevisible que como humanos tenemos. Tan sólo el no ser parte de los dioses nos hace finitos.*

Claudio Martín.-

---

**LA CONDENA DE EDIPO**  
DE CLAUDIO MARTÍN

---

ESPECTÁCULO PARA TEATRO Y DANZA

OBRA EN UN SOLO ACTO.

PERSONAJES:

**ANTÍGONA.**

**EDIPO.**

**ISMENE.**

**POLINICES.**

**ETEOCLES.**

**HEMÓN.**

**CREONTE.**

**CONSEJEROS.**

**MUCHEDUMBRE.**

EL VESTUARIO Y LA CARACTERIZACIÓN DE LOS PERSONAJES SERÁN  
EN UN PRINCIPIO COETÁNEOS CON LA ÉPOCA EN QUE ESCRIBIÓ LA  
TRAGEDIA SÓFOCLES E IRÁN EVOLUCIONANDO HASTA ACABAR  
ACTUALIZADOS.

---

De luz de público a oscuro.

---

## **I.- El sueño de Antígona.**

---

Un haz de luz cenital ilumina tenuemente una franja pequeña del suelo de escena donde Antígona duerme. Ligeros movimientos delatan un descanso inquieto, la joven se rebulle pero no rebasa el casi imperceptible haz de luz que le marca su lecho. De pronto cesa en sus agitaciones y adopta una postura relajada. Inmóvil descansa de costado sobre la arena.

La música, ausente hasta ahora, surge para mostrarse en forma de ruidos; una muchedumbre lejana parece acercarse. Al mismo tiempo que su presencia se hace palpable, proyecciones cenitales van haciendo aparecer paulatinamente reproducciones de la imagen de Antígona durmiendo. Estas copias se suceden a derecha e izquierda del personaje. Son idénticas a ellas en tamaño y postura y van surgiendo conforme el ruido de muchedumbre crece. Diálogos ininteligibles mezclados con el ambiente diario del fluir del tráfico, noticias radiofónicas en un idioma incomprensible, puertas que se cierran precipitadamente, disparos y sollozos llenan la escena. De entre todas las voces, una tan sólo va adquiriendo sentido, es la voz de Edipo llamando a Antígona. Ésta no reacciona, mientras su imagen se ha multiplicado a ambos lados hasta perderse en los extremos del escenario. La voz de Edipo se torna urgente y clara, ahora sí reclama a su hija. De repente las imágenes que imitan a Antígona desaparecen para fundirse con una sola, grande y centrada sobre el escenario en la que vemos la cara de Edipo tras haberse sacado los ojos. Será una proyección terrorífica, que perdurará tan sólo unos instantes, pero esos instantes habrán coincidido con un tremendo golpe musical capaz de sobrecogernos.

## II.- El laberinto.

---

Antígona se despierta conmovida. Ese gesto enmudece todo. La iluminación, antes centrada tan sólo en ella, toma la escena.

Un personaje sentado, de espaldas al público, ocupa la parte derecha. Viste ropas contemporáneas y habla casi para sí, pero con la suficiente intensidad como para ser comprendido.

**EDIPO.- ...pero no debo confundirme, tan sólo mostrarme sereno... nadie me impulsa...nadie me llama a ningún quehacer...las tareas de aquellos días concluyeron...mi mano ha repetido tanto las acciones que me he convertido en maestro de maestros...el tiempo no es mi enemigo... se amolda a mí...a mi condena...no puedo evitarlo...ni mudarlo...quisiera olvidar...los pliegos de la historia se apilan ordenados en mi mente...escrupulosamente recuerdo cada texto...cada barba del papel...cada hebra de paja que conforma su textura...en el acantilado estoy...atrás queda la llanura...los campos labrados...los huertos...el trabajo del hombre...delante: el precipicio...el agua...confusa...sin límites...indescifrable como el futuro...el viento feroz me azota desde poniente...el ruido de los hombres como el de las olas es confuso...no acierto a ordenarlos...y me fatigo...me fatigo**

**ANTÍGONA.- ¿Padre...,padre...?**

Le interroga Antígona creyendo descubrir en él a su padre. Edipo se detiene en su monólogo y gira su cabeza hacia Antígona. Un rostro viejo, sin tiempo, se descubre por encima de su hombro. Al mismo tiempo la muchedumbre entra en escena. Dotados de pértigas-varas se distribuyen uniformemente configurando una cuadrícula que los hace equidistar dos metros unos de otros. Esta red representa el bosque de Las Euménides donde Edipo se adentró para dar término a su vida. Edipo vuelve a girar la cabeza y retoma su monólogo interrumpido. Con la mano derecha extrae un arma brillante del bolsillo de su chaqueta. Antígona, ante este gesto, corre hacia él para impedir que consuma su locura,



pero la muchedumbre extiende las pértigas-varas colocándolas horizontalmente, de tal manera que la malla queda cerrada, atrapando a Antígona en uno de sus cuadriláteros. Edipo prosigue su monólogo, ahora a media voz, sólo percibimos un murmullo.

**ANTÍGONA.- ¿Quién me detiene? ¿Quiénes sois y por qué me impedís llegar hasta mi padre? Dejad que me acerque a él. No le veis, ya levanta su arma, si no le detengo, no vacilará. (pidiendo clemencia ante una muchedumbre impasible) Ha llevado una vida tan marcada por las sombras que pasar a ellas no será si no un descanso. (Pausa. Intentado abrir la maya sin conseguirlo) Quizá le conozcáis, es mi padre, Edipo; en otro tiempo rey de Tebas. Admirado por todos. Él, él... sólo él... libró a esta ciudad de la maldición de la esfinge. ¿No lo recordáis? Él, con su sabiduría, desterró a la peste de vuestras calle y reinó durante años con honestidad y justicia. Por favor, miradle, lo reconoceréis y todo habrá acabado. Os lo suplico, evitad su muerte y mi desgracia. Apartad el arma de su cabeza, pues no le obedece ya su cordura y no es dueño de sus actos. (Señala enérgicamente a su padre con el índice, mientras evita ser golpeada por los giros violentos de las pértigas-varas) Sólo es un anciano ciego y loco, insignificante como yo. Huye de Tebas buscando asilo, pero nadie lo acoge, su desgracia tan sólo es pareja a su fama y ninguna ciudad quiere tenerle como vecino. Sus estigmas lo preceden y hacen cerrar puertas y echar aldabas. (desfallece, perdiendo el ánimo) ¡Oh!, Edipo, padre, nada más que tú es mi desdicha, pero detén tu mano, siquiera por evitarme la cruel visión de verte caer sin soportarte... ¡Oh! Mi juventud ha soportado tantas desgracias que ya no caben en mi alma. ¡Qué triste es mi destino y qué duro es ya mi corazón a pesar de ser tan joven! ¡Oh! Padre aleja esa arma de tu sien, pues ya no cabe en mi ánimo tanta desgracia.**

Antígona ve interrumpido su avance para llegar hasta su padre, y sorprendida observa que el camino que está a sus espaldas es el que se abre invitándola a seguir otro itinerario.

Está en un laberinto. Un laberinto voluble que conforme la acerca a su destino la separa más. La precipitación de Antígona se contagia con los movimientos de las pértigas-varas convirtiéndose todo

en una danza donde los cuadriláteros se cierran y abren al compás de una música que lo marca todo.

Los movimientos amenazan con golpear a la joven que una y otra vez intenta salir del dédalo, pero su afán no hace si no encerrarla más. Agotada, desorientada, en el centro, ve a su hermana Ismene entrar en escena. Para ésta no existen obstáculos, el laberinto dulcemente le abre paso mientras la va encerrando por detrás. Antígona suplica a Ismene que vaya hasta donde está su padre e impida, de cualquier manera, el acto que pretende cometer.

**ANTÍGONA.- ¡Ismene, venturada seas! Detenlo tú, pues tan cerca está de ti que con sólo alargar el brazo lo tocarás. A prisa detén su mano...**

**ISMENE.- Antígona, ¿Qué me pides?**

**ANTÍGONA.- Ismene, por los dioses, tan ciega estás que no ves a tu padre dispuesto a quitarse la vida.**

**ISMENE.- ¿Dónde...? Indícame el lugar con precisión...**

**ANTÍGONA.- ¡Ahí!, a tu lado. ¿Pero cómo no ves a tu anciano padre, con el arma en la mano, dispuesto a quitarse la vida...?**

**ISMENE.- Antígona, ¿qué locura es ésta?, ¿Qué extrañas visiones tienes? Junto a mí no hay nadie, tan sólo arena y un sillar de granito.**

**ANTÍGONA.- ¡Ahora! ¡Detenlo!**

Edipo se dispara en la cabeza y se desploma quedando inerte en la arena.

**ANTÍGONA.- ¡No... ¡ ¡Oh! ¡Mi pobre padre...!**

Antígona se lleva las manos a la cabeza y cae de rodillas demostrando su impotencia. Ismene, sin salir de su asombro, se arrodilla también para consolarla.

La muchedumbre desaparece retirando a su paso el cadáver de Edipo.

Ismene y Antígona quedan solas en el centro de la escena.

ISMENE.- (se arrodilla, coloca el rostro de Antígona contra su pecho y la abraza consolándola) **Antígona, hermana mía...**

ANTÍGONA.- **¿Por qué no lo detuviste?**

ISMENE.- **Pero, ¿A quién, Antígona?**

ANTÍGONA.- **¡A nuestro padre!**

ISMENE.- (Cogiéndole la cara entre las manos y mirándola a los ojos) **¡Nuestro padre murió! ¡Por los dioses, Antígona! ¡Nuestro padre ya no está, desapareció! ¡Por favor, convéncete! ¡Recuerda cuántas veces lo hemos llorado...!**

ANTÍGONA.- (Con furia)**¡Pero estaba junto a ti. Es cierto y el miedo te retrajo!**

ISMENE.- (Pausa mientras la mira, con tranquilidad) **¿Crees, hermana mía, que el temor me impidió socorrer a nuestro padre?: pero el lugar que me indicas no muestra más que polvo. Sosiégate y compruébalo tú misma, pues alguna ceguera ha de impedirte ver lo que sin duda es.**

(Antígona, temerosa vuelve su rostro hacía el lugar donde antes vio a Edipo quitarse la vida. Sorprendida, comprueba que no hay nada. Asustada comienza a llorar y se ampara otra vez en el pecho de Ismene.)

ISMENE.- **¿... Qué extrañas visiones te atormentan? A ti, que fuiste báculo para su camino y ojos para su ceguera.**

ANTÍGONA.- **¡Oh!, Ismene, ¿dónde está nuestro padre?**

ISMENE.- **El Bosque de las Euménides se abrió para acogerle. Tan sólo Teseo conoce el camino que le llevó a su tumba.**

ANTÍGONA.- **...su tumba (Antígona roza con su mano la arena seca del suelo) conozco el lugar donde yace nuestra madre, Yocasta, y puedo hacer libaciones y posar mi mano sobre la tierra que envuelve sus restos, pero de nuestro padre no encuentro su túmulo... ¡Oh!, hermana, ¿por qué nos negó un lugar dónde llorarle? (Mira**

desconsolada a Ismene) **¿... Quién en aquella soledad pudo dar sepultura a su cadáver...?**

Antígona pierde la mirada en la arena. Ismene la ayuda a levantarse y ambas, por el centro, salen de escena.

---

### **III.- La defensa de la puerta.**

---

Escena vacía. La iluminación se dirige exclusivamente a la fachada del escenario.

Una versión de "La Badinage" de Morais comienza a sonar.

La muchedumbre aparece. A contraluz disponen sus pértigas-varas generando dos pirámides que semejan las puertas de la ciudad de Tebas.

Conformada la estructura comienza la danza.

Se mantiene el contraluz.

Eteocles y Polinices aparecen por extremos opuestos en escena. Muestran cada uno una espada de metal pulido y brillante que con sus golpes y roces acompañan a la composición musical. Su lucha comienza bajo las pirámides. A través de las pértigas-varas, dispuestas horizontalmente en las estructuras, ascienden y descienden por éstas. El final de la danza coincide con el de la música.

Jadeantes, en medio de escena, se asestan dos heridas de muerte. Antes de caer desplomados Antígona entra precipitadamente en escena, cuando llega a ellos están arrodillados uno frente al otro, apenas capaces de mantenerse erguidos. La joven situada en medio de ambos extiende en cruz sus brazos, apoyando sus manos sobre los torsos ensangrentados de sus hermanos. Eteocles expira inclinando la cabeza. Polinices, apenas con un hálito de vida, maldice la ciudad de Tebas que lo llevo a enfrentarse con su hermano y se entristece por Antígona.

**POLINICES.- (Llorando, lamentándose) ¿Me crees, Antígona, si te confieso que en un momento de la lucha con Eteocles he deseado detenerme, que cuando paraba las investidas de nuestro hermano presentía lo fatal de este trance y he anhelado contener mi brazo y pedir a Eteocles que detuviera el suyo?**

ANTÍGONA.- Te creo, Polinices. Sobradamente me lo demuestran tus lágrimas, pero, ahora no malgastes tu aliento. Sosiégate para que pueda buscar ayuda.

POLINICES.- Pero me ha faltado valor. Entiendes, valor... para suspender la tragedia...

ANTÍGONA.- (Colocando la mano de su hermano en la herida)  
Contén con la mano tu herida que yo seré rápida en encontrar auxilio...

POLINICES.- (Sin prestar atención a los consejos de Antígona)  
Sólo el orgullo me ha hecho avanzar, el orgullo de vencer y proclamarme héroe de Tebas, ¿Qué importó mi padre, Edipo?, ¿qué importa mi hermano, Eteocles, y qué importas tú?; (con la mano acaricia el rostro de Antígona)mi dulce y joven Antígona ante la gran Tebas, el estandarte de las ciudades, la leona que devora a sus presas por la cabeza. Y ¿Qué le importo yo y mi sangre mezclándose con su arena?, si tras ésta habrá otra y tras ella otra, hasta no parar, pues el poder es la ceguera del hombre y siempre habrá arena para empapar la sangre... ¡Oh, Eteocles! ¡Al mismo tiempo nacimos y al mismo tiempo morimos!... Somos víctimas de nuestra codicia y mal ejemplo para todos, que recordarán nuestras muertes como el fruto de la ira entre hermanos...

ANTÍGONA.- Serénate para que pueda buscar ayuda. Tus heridas no dejan de sangrar...

POLINICES.- (a Eteocles) Mal hicimos con expulsar a nuestro padre de la ciudad que ahora nos ve morir en sus puertas, pero peor fue no haber puesto remedio a su maldición que proclamaba como nos daríamos muerte el uno al otro; como dos extraños; con furia y sin tregua. (Tose) De nada sirvió haber compartido la infancia y la juventud con juegos y confianzas para llegar a este trance, en donde sólo buscábamos la herida certera que derrotara al otro. ¡Oh, hermano, con qué mal sabor despido mi vida. Yo que pretendía morir anciano saboreando las mieles de la vejez y es sangre y arena lo que masco en mi boca... (Tose)

ANTÍGONA.- (Haciendo ademán de levantarse) He de socorrerte si no quieres morir desangrado...

**POLINICES.-** (Reteniéndola) **No, no me dejes. No quiero morir solo...**

**ANTÍGONA.-** **No tienes por qué morir. Cada instante de demora es un paso hacia tu muerte. He de buscar a alguien que en verdad pueda ayudarte...**

**POLINICES.-** (Ídem, apenas con un hilo de vida) **No, Antígona. Ciertamente conozco la naturaleza de mis heridas y bien sé que el soplo de mi vida se agota; apenas aprecio tu rostro y el cuerpo de Eteocles no es más que un bulto sin bordes. (En los últimos momentos) Ampárame en tu regazo, pues el frío me invade. (se echa sobre Antígona)**

**ANTÍGONA.-** (para sí) **¡Oh, Polinices! Me pides que insensible te acompañe hasta tu muerte, cuando tanto deseo ayudarte...**

**POLINICES.-** (Agonizando) **Tengo frío... frío...**

Polinices expira. Las lágrimas brotan de los ojos de la joven. Antígona sostiene en su regazo a su hermano muerto. Ahora recibe un suave haz de luz lateral. Se nos muestra con las manos y el vestido manchados de sangre.

**ANTÍGONA.-** **Para mí es el mal. ¡Oh! ¡Qué insatisfecha estoy de mi vida. Debería sostener a un retoño y amamantarlo con leche de mis pechos y es sólo sangre la que me cubre. Mis manos ensangrentadas, jóvenes en apariencia, son más diestras que las de una anciana en sostener la muerte... Soy tan joven..., tan joven para ver a mi madre ahorcada con un ceñidor, para contemplar a mi padre vaciándose los ojos, para conducirlo ciego hasta sus últimos días... Tan joven para tener frente a mí la visión atroz de los cuerpos yacientes de mis hermanos, únicos vástagos varones de mis padres, que jamás volveré a tener (Pausa). Mi destino no ha querido reservarme asuntos para después. Vehemente me golpea; parece tener prisa en educarme en lo amargo, en lo roto,... en la guerra... (Pausa. Contempla los cadáveres de sus hermanos) Quisiera tener esperanza y otorgar a la ilusión mis sufrimientos. Convencerme de que con estas muertes, tan injustas, expiaremos los pecados. (Pausa) Considerar esta enorme tragedia como el sacrificio que definitivamente**

**calme a los dioses..., (Pausa) o quizá a los hombres... pero no es así..., lo sé... La guerra entre hermanos, entre familias, entre pueblos, ha recorrido la historia y penetra poderosa en el futuro. Parece como si la balanza de la existencia exigiera, fría, su parte de enfermedad para otorgar la vida, como si fuera indispensable la guerra para lograr la paz... (Pausa. Reflexiva. Lágrimas recorres su rostro) Necios, aquellos que perseguís la tregua y marcáis de esperanzas vuestras vidas... (Acariciando los cuerpos de sus hermanos) porque tarde o temprano tenemos que tomar partido, si queremos seguir siendo humanos...**

Con extrema dulzura monologa sobre lo inhumano del afán de poder pero también sobre lo irremisible que es. En ningún momento muestra destello alguno de ira o violencia, tan sólo pena y resignación; la historia de su pueblo, hasta lo que los hombres pueden recordar, ha ido siempre marcada por el equilibrio del bien y del mal. Y ella, en su dulce lamento, preconiza un devenir de la humanidad igual.

---

#### **IV.- El cuerpo insepulto.**

---

La muchedumbre entra en escena.

Antígona ha dejado el cuerpo de Polinices, al que abrazaba, sobre el suelo de escena. Asustada retrocede unos pasos.

**ANTÍGONA.- (Temerosa) ¿Qué queréis?**

**SOLDADO.- (el grupo se ha parado frente a Antígona) De ti nada. Aléjate de los cadáveres.**

**ANTÍGONA.- (Temerosa) Pero, ¿por qué...?**

**SOLDADO.- Aléjate.**

Antígona retrocede unos pasos. El soldado, sin mirar a Antígona, se dirige junto con los demás al lugar donde están los cadáveres.

**ANTÍGONA.- ¿Qué vais a hacer?**



SOLDADO.- **Son órdenes de Creonte.**

ANTÍGONA.- (Sin comprender) **¿... de Creonte? Y ¿Qué quiere hacer con los cuerpos de mis hermanos? ¿Adonde los lleváis?**

SOLDADO.- **A darle sepultura.**

La muchedumbre recoge sólo el cuerpo de Eteocles y comienzan a retirarse. Antígona se percata de ello.

ANTÍGONA.- **¿Y Polinices?**

Nadie le contesta. Insiste varias veces

SOLDADO.- (ante la insistencia de Antígona) **No, a él no.**

ANTÍGONA.- (Sorprendida) **¿Cómo... pero... su cadáver... No lo podéis dejar ahí, no podéis abandonar el cuerpo de mi hermano... (impidiendo el avance del soldado que ha quedado rezagado con respecto a los que portan a Eteocles)**

SOLDADO.- (Deteniéndose ante la insistencia de Antígona) **Aparta, mujer. Son mis ordenes: retirar el cuerpo de Eteocles, tan sólo de él. Bien se me advirtió de no tocar a el otro.**

ANTÍGONA.- **Pero... ¿por qué...? Han muerto juntos... le debéis de dar sepultura juntos, no lo podéis dejar aquí...**

SOLDADO.- (En la misma actitud) **Aparta, mujer.**

ANTÍGONA.- **¡Por favor! Llevaos el cuerpo de mi hermano Polinices, por piedad, y dadle sepultura junto a Eteocles. Son mis hermanos y es justo que los dos reciban exequias por igual. Su lucha fue noble. Yo fui testigo.**

SOLDADO.- (En la misma actitud) **Aparta, mujer.**

ANTÍGONA.- **No hubo engaños ni ventajas, ni armas desiguales, ni cortes por la espalda. Por favor, habéis observado sus heridas de muerte; son sus pechos los que las sufren... (Antígona toca el rostro del soldado**

suplicado comprensión) **Retirad el cadáver de mi hermano y los dioses os lo agradecerán...**

**SOLDADO.-** (Se gira y observa el cadáver de Polinices, después vuelve a mirar los ojos de Antígona. Ese instante delata la tristeza e impotencia del soldado que pasa el dorso de su mano por la mejilla húmeda de la joven) (Con tristeza) **... Niña desdichada...** (Sale)

Antígona queda paralizada ante el gesto cariñoso del soldado. Después se acerca a Polinices y cogiéndolo por los brazos intenta levantarlo pero es demasiado pesado para ella y su esfuerzo no se ve recompensado.

Entra Ismene

**ISMENE.-** ¡Antígona...!

**ANTÍGONA.-** (Interrumpiéndola) ¡Oh!, Ismene, ayúdame. Los soldados retiraron el cuerpo de Eteocles dejando el de nuestro hermano Polinices. Ayúdame a transportar su cuerpo; para mí es demasiada carga.

(Ismene calla y no le presta ayuda)

**Por los dioses, Ismene, tan sólo entre ambas podremos mover su cadáver. Ayúdame...**

(Ismene se mantiene en la misma actitud)  
(Antígona se percata del recelo de su hermana)

**¿Qué te ocurre? ¿No te mueves? Acércate. Así podremos levantar su cuerpo y llevarlo a un lugar donde podamos darle sepultura.**

**ISMENE.-** No, Antígona, no puedes..., deja..., déjalo...

**ANTÍGONA.-** ¿Qué...? No comprendo...

**ISMENE.-** (Llorando) Antígona, por el amor que te tengo, deja a nuestro hermano en su lugar y apártate de él...

**ANTÍGONA.-** (Interrumpiéndola. Sin creer lo que oye) Pero, Ismene, ¿me pides que lo abandone...?

**ISMENE.-** ¡Oh, Antígona, alejémonos de este lugar...

**ANTÍGONA.-** (interrumpiéndola otra vez) **...y deje su cuerpo para alimento de los perros y las aves...?**

**ISMENE.-** (Acercándose a ella y sujetándole las manos) **Sí, hermana te lo suplico. Me duele tanto como a ti dejar a Polinices insepulto, pero Creonte, ¡oh! despiadado rey de Tebas, ha ordenado dar sepultura a Eteocles con honras fúnebres dignas de un soberano, por considerarlo héroe de la ciudad. Sin embargo, para Polinices, decreta lo más inhumano: dará muerte a aquel que le dé sepultura, por creerlo traidor a la ciudad. Es la advertencia que lanza para todo aquel que pretenda algo contra su trono.**

**ANTÍGONA.-** (Incrédula) **No, no puede ser. Creonte, nuestro tío, no puede desear eso. Es demasiado inhumano.**

**ISMENE.-** **Yo fui testigo de sus palabras... Junto a la multitud... Frente a su palacio... Por eso he corrido hasta aquí, para avisarte y que juntas abandonemos este sitio antes de que lleguen los soldados y nos vean junto al cadáver.**

**ANTÍGONA.-** **Pero, Ismene. ¿Cómo puedes siquiera pensar que dejemos abandonado su cuerpo? ¿En qué te has convertido...?**

**ISMENE.-** **¡Oh, Antígona, a ti la naturaleza te dotó de mayor humanidad y valentía. Afrontas estas tareas sin desánimo y confías ciegamente en una justicia humana y equitativa. (Pausa) Sin embargo en mí ha arraigado el temor ... Sí, me he convertido en un ser que teme por su vida... Y ahora es miedo, tan sólo miedo lo que siento. Perdóname, quisiera tener tu fuerza y afrontar con vehemencia este asunto, quisiera justificar mi existencia con valores humanitarios y anteponer mis creencias a mi bienestar... (Llorando) quisiera dar una justa sepultura a mi hermano,...pero... no puedo...**

(Pausa. Antígona contempla a Ismene que llora)

**ANTÍGONA.-** **¿Es el poder de Creonte superior al de los dioses? (Pausa) Ni él ni nadie puede contravenirlos en algo tan sagrado. Honrar a nuestros muertos ha sido siempre el principal deber de este pueblo.**

(entra Hemón que se aproxima a las dos hermanas)

ISMENE.- Lo proclamó ante el gentío, que consentidor lo vitoreaba. No supongas, Antígona, que pueda desfallecer su brazo, pues pretende, sobre todo, dejar clara su determinación como nuevo rey, e incluso sobre ti, hija de Edipo, caerá inexorable su castigo.  
(dirigiéndose a Hemón) ¡Oh! Hemón persuade a tu amada para que ceda en su empeño, pues bien conoces a tu padre y lo crees capaz de cumplir su amenaza sobre ella.

HEMÓN.- (Hemón va junto a Antígona) Ahoga tu llama de rabia en el pozo de mi alma, sosiega tu ímpetu, amor mío; ya habrá tiempo de ofrecer libaciones y solicitar amparo y descanso para el alma de Polinices. Deja que el trueno de la guerra amaine, pues su final se cuenta por horas, concede el reposo necesario para que los ímpetus exaltados se apacigüen y el tiempo y el perdón harán que se cumplan tus deseos.

ANTÍGONA.- ¿Me pides que demore su sepultura...? Por cuánto tiempo... ¿Unos días..., unas semanas? ¿Hasta cuándo la cólera de tu padre es mortal...? ¿Desde cuándo llevadera...?

HEMÓN.- Antígona...

ANTÍGONA.- (Sincera) Hemón, tu amor ahora es ciego, así lo veo y así lo deseo, pues tu intención es tan sólo salvar mi vida. Conoces que tu padre no tendrá perdón para lo que le voy a pedir y la clemencia es un líquido que fácil se evapora en los estanques reales. Pero, ¿qué amor sería el mío sin mi justicia? Sepultar a mi hermano es completar mi vida. Mira mis manos manchadas de sangre, me es imposible distinguir la de Eteocles y la de Polinices. Y aunque hubiera sido la tuya, o la de tu padre, Creonte, al contemplarla sólo vería sangre. ¿Impedirías, amor mío, sepultar una sangre anónima...?

HEMÓN.- Antígona, sé que es inútil pedirte resignación, pero nada temo más que ver enfrentadas tu decisión contra la determinación de mi padre.

ANTÍGONA.- Es mi deber como hermana superior al de súbdita y no habrá rey alguno que me obligue a contradecir mi credo.

(Antígona se incorpora y llama a gritos a Creonte en las puertas de su palacio)

**¡Creonte!, ¡Creonte! ¡Rey de Tebas, rey injusto! ¿En qué poder te amparas para convertir a mi hermano en alimento de perros y aves? ¿Acaso crees que dictar sentencias contra nuestra tradición y nuestros dioses te hará perdurar más en tu trono? El poder de un rey no se soporta en el miedo si no en la justicia.**

## **V.- Creonte.**

---

Creonte aparece en escena escoltado por varios consejeros.

**ANTÍGONA.-** (a Creonte) **¿Quién te otorga el poder para anular los designios de los dioses y dejar insepulto a mi hermano?**

**CREONTE.-** **Me lo otorga el ser rey de Tebas.**

**ANTÍGONA.-** **Bien sabes que no hay deber tan sagrado entre...**

**CREONTE.-** (Interrumpiéndola) **¡Cállate!** (Todos quedan en silencio mientras Creonte se acerca a Antígona y la circunda. El temor se descubre en el rostro de la joven. Hemón e Ismene, al margen, observan) **Sólo tu arrogancia es comparable a tu atrevimiento. Tu padre, Edipo, hizo gala durante su desgraciada vida de esa terquedad que tú bien demuestras. Él mismo fue quien dictó la orden que habría de dejarlo ciego. Tus hermanos, apenas alcanzaron la madurez cuando se apoderó de ellos la venganza y el interés. (Pausa. Mirando a los consejeros) Es patético ver una familia tan marcada por la adversidad... Tú, Antígona, que aun me parece verte correr por palacio, perduras quizá tan sólo para atestiguar el final de tu estirpe... (Pausa) merecería la pena que analizaras tus antecedentes y aprendieras de sus errores. (Miradas complacientes de los consejeros)**

**ANTÍGONA.-** **La desgracia de mi padre fue marcada por el oráculo; nada podemos contra los dioses. Pero tú te comportas como un tirano...**

CREONTE.- ¿Acaso dudas de mi rectitud al dictar las leyes...?

ANTÍGONA.- ¿Qué ley es ésa que transgrede nuestra norma más sagrada de ofrecer descanso a nuestros muertos...

CREONTE.- ¡Cállate! (Pausa) ¿Crees que no lo sé? ¿Crees que no medito mis sentencias...? Pero, ¿Qué he de hacer, dar honras fúnebres por igual a Eteocles, defensor de la ciudad, que a Polinices: un traidor?

ANTÍGONA.- ¿Traidor...? ¿De qué traición puedes acusar a Polinices? Eres sabedor del acuerdo tomado tras la expulsión de mi padre de Tebas: habrían de gobernar mis dos hermanos en años alternos, y fue Eteocles y no Polinices el primero en romper su palabra.

CREONTE.- (Alzando la voz) Las insurrecciones se cimientan en la duda. Esta ciudad no se recupera de una catástrofe cuando otra la asola. No puedo dar alternativas a nuevas revueltas, y el satisfacerme sería abrir un resquicio por donde pasara una nueva sublevación. Entiendes ahora el por qué de mi postura.

ANTÍGONA.- (Cada vez más exaltada) No, no entiendo ni tu postura ni tu mentira. Acaso al pueblo, con tus palabras huecas y tu castigo, puedas confundir, pero yo conozco tu vida y conozco la de mi padre y mis hermanos. He soportado el devenir de esta ciudad, y aunque joven, bien sé de su verdad...

CREONTE.- (Se acerca a la joven) ¡Cállate!

ANTÍGONA.- (Sin retroceder) Tu trono se alza sobre los cadáveres de mis hermanos... ¡De los dos...! Si uno de ellos hubiera quedado vivo, tu no serías más que esos que te acompañan, pero la fortuna supo sonreírte y quiso que sus heridas parejas dieran fin a sus vidas a la par. Tú, y sólo tú fuiste el instigador de la guerra. Esperabas al acecho la alianza de Polinices con su suegro Adraastro, mientras alentabas, día a día, la codicia y el deseo de poder de Eteocles. (Pausa) Lo demás te fue fácil, verdad, tan sólo tenías que procurar que la puerta por la que atacara Polinices fuera la misma que defendiera Eteocles... del resto las ansias de venganza y poder se encargarían... Presumo tu satisfacción como espectador privilegiado, la satisfacción contenida que produjo en tu sucia alma el duelo entre ambos. Averiguo el brillo en tus ojos

**alentando el deseo de un golpe certero, saboreando la inevitable tragedia entre adversarios tan igualados (Violenta) ¿Qué sentiste al vencer, al derrotarlos a ambos con tu espada envainada, sin sudor, sin fatiga, tan sólo con tu deseo...?**

**CREONTE.-** (Montando en cólera) **¡Cállate!**

**ANTÍGONA.-** **¿Qué mejor coartada que ser testigo, junto al pueblo, de la lucha fratricida y qué mayor satisfacción al comprobar que el vencedor eras tú?**

**CREONTE.-** **¡Cállate!**

**ANTÍGONA.-** (Cara a cara con Creonte) **...Faltando mi padre, el trono era tuyo. Y el castigo a Polinices no es otra cosa que la rabia y la venganza que siempre sentiste hacia él y hacia Edipo...pero aun quedo yo, la infeliz Antígona, que sin dudarle usará sus manos para envolver en polvo el cuerpo de su hermano...**

**CREONTE.-** (La golpea con el revés de su mano derecha. Y la cae)

**¡Cállate! ¡Insolente!** (Hemón e Ismene se acercan hasta donde está Antígona que con el dorso de la mano se enjuga la sangre en la comisura de sus labios) **Ismene, saca a tu hermana de palacio y cuídate de que no transgreda mi ley ofreciendo libaciones a su hermano, porque me mostraré inflexible y haré que la encierren en una mazmorra, sin sustento, hasta el final de sus días. En nada consideraré quién es, ni por ser mi sobrina o la prometida de mi hijo...**

(Ismene a duras penas consigue sacar a Antígona de escena. Hemón ha contemplado lo sucedido sin intervenir. El respeto a su padre le retuvo, pero recordando las palabras de Antígona entiende que no habrá perdón para ella si da sepultura a su hermano. Con respeto y no falto de temor ruega al padre que comprenda la situación de su prometida)

**HEMÓN.-** **¿Cómo habéis de negarle, padre, sepultar a su hermano? Apiadaos de ella y entended sus sentimientos. ¿Acaso juzgáis indigno actuar conforme la tradición nos marca y los dioses imponen? Están aun frescas las imágenes de su madre, Jocasta, poniendo fin**



a su vida al igual que Edipo, su padre. (Pausa) Conozco a Antígona y sé de ánimo impaciente. Su terquedad podrá llevarla, sin duda, al atropello y llegados a ese estado, os ruego, padre, que perdonéis sus arrebatos juveniles, os lo ruego, siquiera por el respeto que os tengo y el amor que ella me tiene. (Creonte lo escucha sin mirarlo y antes que termine sale acompañado de sus consejeros. Hemón queda sólo en escena.)

Oscuro.

## VI.- Las libaciones.

---

De oscuro a luz de luna tenue.

El retorno de la luz nos enseña una escena vacía, sólo el cuerpo insepulto de Polinices arroja sombras sobre la arena. Ligeras ráfagas de viento mueven las ropas del cadáver. Por la izquierda entra Edipo. Sus ropas oscuras, a la parca iluminación, apenas nos dejan observar detalles. Se acerca a Polinices y lo contempla. Retoma el habla interior que practicó en el inicio.

**EDIPO.-** Es mi condena. (Pausa) Quiero guiar mis pies por caminos llanos y empedrados donde los almendros arrojen sombras para descansar. Aliviar mi sed en arroyos claros y caminar hacia el horizonte sin compañero que me recuerde mi condena. Deseo notar la garganta seca y la fatiga en mis piernas. Es mi esperanza sentir el dolor y la debilidad de un anciano y negarme a avanzar para con calma esperar la muerte. Quiero ser un hombre y que el sufrimiento me deteriore... El tiempo pasa a mi lado como rachas de viento que mecen mi alrededor , pero no me afecta... ya no es mi aliado y cómplice. Mi vida no ofrece resistencia a los días. Palpo las arrugas en mi frente anhelando encontrar surcos más profundos cada vez, (Pausa) pero no... es mi condena permanecer vivo, perdurar hasta el fin del último hombre y sólo entonces, solicitar el último favor a los dioses y poder dar fin a la especie. (Pausa) ¿Qué daría por sustituir a Polinices, o a Eteocle? ¿Qué daría tan sólo por poder sufrir y padecer en mi pecho el ahogo de un padre, que contempla aterrado los cadáveres de sus dos únicos vástagos varones...?

A la derecha una leve luz proveniente de un farol alerta a Edipo. Éste retrocede ligeramente adentrándose en la zona de más penumbra. Antígona porta un farol que guía sus pasos en la noche. Un trecho antes de llegar a donde yace su hermano, el olor a carne en descomposición la hace retroceder. Con el dorso de la mano izquierda se tapa la nariz y la boca y prosigue. Coloca el farol junto al cuerpo de su hermano, la oscilación de la llama descubre a intervalos la presencia de Edipo en la oscuridad. Antígona, ajena a esto, derrama libaciones sobre los restos de Polinices mientras, ahogada por las lágrimas, lamenta su desgracia.

**ANTÍGONA.- ¡Oh, mi hermano! No podré dejarte sin exequias, porque es tu derecho recibirlas y mi obligación dártelas. Entrega esta moneda a Caronte y salvarás el lago hasta el Hades (Derrama sobre él las libaciones y coloca una moneda en su boca. Levanta la mirada hacia el lugar por donde vino. El temor la invade) Pero tú ya yaces. Ajenas te suenan nuestras disputas y mis temores. (Pausa) Qué joven soy para sobrellevar esto. Quisiera no tener valor para soportarlo, quisiera que el desánimo me venciera y un brote de cobardía surgiera en mi desdicha y cubriera el camino emprendido de un miedo tal que me impidiese seguir... que me impidiese seguir y consumir este acto de rebeldía... porque temo por mí... porque temo por mí, más que por nadie.**

Edipo se conmueve al oír a su hija y al moverse roza con sus vestidos la arena. Antígona se estremece.

**¿Quién hay...?**

Antígona se levanta y dirige su mirada hacia el lugar de donde partió el ruido

**EDIPO.- Nadie...**

**ANTÍGONA.- No es nadie quien me responde, ni nadie el que oculto me observaba. Si eres soldado, a qué esperas; mi desacato está consumado y la recompensa de Creonte te hará digno de favores.**

**EDIPO.- No, no vigilo tu conducta, pues ni siquiera la encuentro reprochable, si pudiera te ayudaría a verter polvo sobre Polinices...**

ANTÍGONA.- ¿De dónde eres que nombras por su nombre al cadáver?

EDIPO.- No es mi lugar ninguno, ni siquiera éste, del que incluso los perros evitan por el olor, pero sé de tus hermanos Polinices, Eteocles e Ismene... de ti, Antígona, de tu afán por la justicia, de tus dudas... de tus miedos...de Edipo, tu padre...

ANTÍGONA.- ¡Oh, qué extraño es oír de otros labios su nombre! Todos le rehuyen, incluso después de muerto, y evitan recordarlo por temor al castigo de Creonte. Dime,¿conociste a mi padre?

EDIPO.- Sí... aunque más me valdría no haberlo hecho...

ANTÍGONA.- ¿Por qué?

EDIPO.- ¿Y tú me lo preguntas, Antígona? ¿No hay ya suficientes yagas en tu vida para saberlo?

ANTÍGONA.- ...tu voz no me es extraña...¿Quién eres que presumes de conocer mi pena? (Pausa) Soportar la desdicha de mi padre no fue placentero, pero como hija era mi deber cuidarlo y acompañarlo; no tuve elección. Sin embargo a ti ¿qué relación te ciñe con él? que tantos sinsabores te dejó.

EDIPO.- Me unen los recuerdos... y a ti, Antígona, ¿Qué te une a él?

ANTÍGONA.- El cariño...

Antígona, avanza unos pasos hacia la sombra

EDIPO.- No, no avances hacia la sombra...

ANTÍGONA.- ... pero, tu voz,...tu voz...

EDIPO.- No escuches, Antígona, déjame pasar porque mi presencia está unida a la desdicha...

ANTÍGONA.- ...Tu voz me es familiar. ¿Quién eres...?

EDIPO.- Soy extranjero.

ANTÍGONA.- **¿Y qué te impide, extranjero, acompañarme en la desobediencia a Creonte?**

EDIPO.- **Mi condena**

ANTÍGONA.- **¿Qué condena puede impedir ser cómplice de la injusticia? No será que la tibieza de valor te impide obedecer a tu corazón y escudas tu razón en lo irremediable.**

EDIPO.- **En lo que soy no queda lugar para el valor ni para el temor, tan sólo hay tiempo. Mi condena es ser testigo de los hechos sin poder intervenir y mi ceguera es el futuro impredecible al que me enfrento.**

ANTÍGONA.- (Recordando) **Ciego... bien conozco tu desgracia, pues mi padre en sus últimos años también lo fue. (La joven se aproxima a Edipo y este retrocede) Pero...muéstrate, al menos, que pueda otorgar el valor de lo real a tu presencia y no a una fatua aparición...**

EDIPO.- **No, Antígona, aleja la linterna, déjame en la sombra, no quieras agregar mas desdicha a tu desdicha y recuérdame tan sólo como vaho en este lugar de infortunio... (Edipo sale escurriéndose entre las sombras)**

HEMÓN.- (Entrando) **¿qué buscas, Antígona, en las sombras? No es prudente descubrirte así en la noche. Los soldados acechan...**

ANTÍGONA.- **¡Oh, Hemón! Tú eres el imprudente al acercarte aquí sabiendo de mi decidida voluntad de honrar los restos de Polinices. Aléjate, tu padre no tendrá clemencia ni siquiera para ti, y más si eres mi cómplice.**

HEMÓN.- **Desiste, por tanto, Antígona, en tu tarea y acompáñame.**

ANTÍGONA.- **Hemón, no puedo complacerte... (Levanta la cabeza y presta atención) ...se oyen caballos...**

HEMÓN.- **No es mi deseo otro que estar contigo. Esta noche es propicia. Un reconfortante deseo de libertad me guía...**

ANTÍGONA.- (Asustada) ...los soldaos de aproximan, conocen mi paradero y desobediencia... apenas te queda tiempo... ocúltate...

HEMÓN.- (cogiéndola por los hombros) **Antígona, escúchame: abandona junto a mí la ciudad de Tebas...**

(Esta frase sorprende a Antígona. El silencio acompaña las miradas de los amantes)

ANTÍGONA.- ...¿qué...?

HEMÓN.- (continuando con más decisión) ...**otras puertas de ciudades se abrirán a nosotros que no estén marcadas por la desdicha. Busquemos un lugar lejos de mi padre y de tus recuerdos...**

ANTÍGONA.- (Sorprendida por las palabras de Hemón) **No quieras hacer más profunda mi herida, nada te obliga a salvar mi vida poniendo en riesgo la tuya. Yo soy consciente de mis actos, nadie me obliga, nadie me paga... es tan sólo mi justicia y mi sangre la que me arrastra a la perdición. Pero tú estás destinado a ser rey de esta ciudad, y ella ganará contigo, pues eres justo. No destroces tu futuro por seguirme. (Pausa) Hemón, mi futuro está marcado. Como ves, en nada he tomado en consideración las amenazas de tu padre y mis manos no cesan de arrojar tierra sobre el cadáver de mi hermano. Creonte está dolido porque una adolescente engreída lo reta y no se detendrá hasta capturarme y encerrarme en una mazmorra... (Pausa. Antígona contempla a Hemón mientras unas lagrimas de deslizan por su mejilla) ¿Por qué, Hemón, quieres compartir ese futuro? Tu vida volverá a llenarse. Es tu juventud el único requisito que precisas para reiniciarla, ya que el tiempo te ayudará a olvidarte de mí.**

HEMÓN.- **No es justo, Antígona, que sometas mis decisiones a juicio cuando yo acato las tuyas...**

ANTÍGONA.- **Pero yo ya estoy condenada...**

HEMÓN.- **¿Y cuál ha sido mi condena? (Pausa) ¿Soportar a un padre tirano que jamás me escucha, que me considera débil e incapaz de asumir su legado? He sido siempre Hemón el sometido, el obediente. Incapaz de**

**un acto de soberbia siquiera por una causa justa. El relegado, el que observa obediente como trazan su vida...**

**ANTÍGONA.- ...se oyen caballos. Son los soldados que llegan...**

**HEMÓN.- ...el que mira desde atrás cómo su padre sentencia a su amada... el que la abandona para proseguir su vida. No, Antígona, quiero apartar la tibieza de mi vida, quiero ser justo con mis anhelos, quiero ser justo contigo y compartir tu condena. (Hemón comienza a arrojar tierra sobre el cuerpo de Polinices. Antígona se abraza llorando a su amante)**

La muchedumbre vuelve a aparecer. En este caso son las hordas de Creonte.

Los Amantes cogidos de la mano se detienen en medio de escena.

La muchedumbre se configura, como en su primera intervención, formando una cuadrícula. Hemón y Antígona intenta salir pero ellos extiende sus pértigas-varas y vuelven a generar el laberinto. En esta ocasión la finalidad es separar a los amantes. La violencia desarrollada es mayor; los movimientos de las pértigas-varas abriendo y cerrándose son rápidos y amenazadores. La coreografía se basa, en un principio, en la búsqueda de la salida por parte de ambos, pero cuando son separados, es el reencuentro lo que persiguen los dos enamorados. Los intentos son infructuosos y ambos quedan separados en cuadriláteros lejanos uno del otro. Sin mediar palabra la muchedumbre saca a Antígona de escena quedando Hemón encerrado en su empalizada. Éste ve impotente cómo lo separan de su amada y grita desesperado que le den el mismo tratamiento que a ella ya que él también es cómplice y partícipe en el enterramiento de Polinice, pero de nada le sirve gritar.

**HEMÓN.- ¿Por qué me separáis de Antígona? Quiero correr su suerte, pues he cometido su misma falta. ¡Mirad mis manos manchadas por la arena que han vertido sobre Polinices!;Lo confieso ante todos!;Que toda Tebas conozca mi culpa: Hemón, el hijo de Creonte, ofrece sepultura al traidor de Tebas, al hijo de Edipo... al hermano de Antígona! Y por tanto reclamo su mismo castigo... su mismo castigo... pero junto a ella.**

A los pocos instantes vemos a Hemón derrotado en medio de escena. Sus lágrimas mezcladas con el polvo manchan su rostro. Ligeras rachas de viento nos marcan más su soledad.

## VII.- El valor de Hemón.

---

Creonte, por el centro y por el fondo, entra en escena. Esta vez viene sólo. Se aproxima a su hijo que arrodillado llora su impotencia.

**CREONTE.-** Hay un dolor más profundo que el tuyo. Un dolor multiplicado, acéfalo, que se ramifica incontenible allá donde más se ignora. Un dolor sorprendente, anónimo, y como tal, incontrolable. Es el dolor sucio de la guerra, tiznado e infeccioso que se mezcla con la sangre y el hedor de los muertos. Es un dolor desapasionado, frío, permanente, al que el tiempo apenas mata sus aristas. (Pausa) Tebas siente ese dolor. La guerra hace tan sólo día que ha cesado, las calles y plazas de la ciudad aún muestran sus secuelas y los ciudadanos lloran a sus muertos. Mi deber es conducirlos a través de la paz, y si para ello he de ser inflexible y cruel; lo seré. Es terrible contemplar como un cuerpo joven se corrompe y es pasto de las aves, es inhumano verlo abandonado... pero es peor aun entreabrir, por flaqueza, las puertas a las alimañas para que, alevosas, vuelvan a restituir el dolor en tu pueblo. (Pausa) Gobernar conlleva agrios sabores, y la debilidad es el resquicio que aprovecha tu enemigo para destronarte; el pueblo soporta a un tirano pero jamás a un pusilánime. No tardará en llegar el día en que el cetro caiga de mi mano a la tuya, entonces comprenderás cuál es, verdaderamente, el peso del poder y tendrás que decidir qué dolor mitigar.

Hemón no pronuncia palabra y escucha las sentencias de su padre agarrando la daga que lleva en su cintura, ni siquiera se ha girado para mostrarle su rostro que refleja la ira acumulada en sus ojos.

De pronto se dirige a su padre y asiéndolo por la espalda le coloca la daga en el cuello. A Hemón le tiembla la voz. La firmeza de su mano no se corresponde con la de su boca; jamás había dado muestra de rebeldía hacia su padre.



HEMÓN.- No, padre, no quiero sopesar qué dolor es más profundo, pues para mí sólo existe uno. Ni quiero blandir ningún cetro ante la muchedumbre. No quiero pisar nada que tu hayas pisado, ni tocar nada que tus manos tocasen. Quiero alejarme de ti y de Tebas, dueña de mis desgracias, con Antígona. Por tanto, te pido, padre, que derogues el castigo que le has impuesto y dejes que partamos juntos.

CREONTE.- Hemón, tiembla tu brazo al sostener la daga. Recapacita y modera tus ímpetus juveniles. Lo que pides es imposible.

HEMÓN.- Padre, no es mi mano segura, lo sé, pues no está diestra en manejar las armas, pero os lo suplico, dejad que parta con ella o no dudaré en emplearla.

CREONTE.- En verdad, ¿Vas a matarme, hijo?

HEMÓN.- No está en mi ánimo; liberad a Antígona y no lo haré.

CREONTE.- Jamás...

HEMÓN.- ¿... dudáis de mi decisión?

CREONTE.- Sí.

HEMÓN.- ...padre, por los dioses, no me hagáis cometer una locura, ceded a lo que os pido...

CREONTE.- No.

HEMÓN.- ...os lo suplico...

CREONTE.- ¿Qué te ocurre? ¿Te falta valor para deslizar la daga...? ya ves que no te ofrezco resistencia. Si tanto deseas a Antígona y soy yo el obstáculo, ¿a qué esperas? Demuestra tu arrojo y tu compromiso. Hunde el filo en mi garganta y elimina tu escollo; no te será difícil declinar tu culpa; los traidores merodean por doquier y tú, como sucesor mío, podrás fácilmente evitar responsabilidades. Piénsalo por un instante; en tu mano está tu libertad y la de tu amada. Un sencillo gesto y yo habré acabado, ¿a qué esperas?

HEMÓN.- ¡...Padre,... no quieras...!

CREONTE.- **¿A qué esperas? (Gritando) ¡A qué esperas!**  
(Agarrando la mano de Hemón que sostiene la daga y apretando ligeramente hasta hacer brotar un hilo de sangre) **¡Deja que mi mano te guíe, ya que la tuya no sabe!**

HEMÓN.- (él mismo evita que la herida se haga profunda)  
**¡No... no!**

CREONTE.- **¡Basta!** (Se desembaraza de Hemón, que derrotado y sin ofrecer resistencia cae de rodillas) **Me avergüenzo de ti; que valor es el tuyo que tan apresurado se extingue... Creías que con posar tu daga en mi cuello bastaría para doblegarme. Pero ¿por quién me tomas? ¿Acaso supones que el temor a la muerte me asusta?**

HEMÓN.- (Llorando) ... padre, yo...

CREONTE.- **¿Acaso crees que ese miedo es nuevo para mí...?**  
(Pausa) **Me amenazas con la decisión de un niño y como tal te castigo.**

Le abofetea con el revés de la mano. Sale Creonte. Hemón queda en escena. La oscuridad lo invade todo.

---

## VIII.- La celda.

---

La muchedumbre entra en escena y valiéndose de las pértigas-varas construyen el rincón de una celda. A continuación y por la parte izquierda entra Antígona custodiada por parte de la muchedumbre. La conducen hasta la celda donde la dejan y salen.

Antígona se agarra con rabia a la reja que limita el diedro. En ese instante la iluminación de todo el espacio escénico junto con la platea se potencia hasta deslumbrar al espectador, para después decrecer súbitamente hasta llegar al oscuro. En tres segundos retorna la luz a la celda donde ahora vemos a Antígona pasearse de un extremo a otro. Pasados seis segundos se repite el mismo efecto de luz, pero esta vez se nos muestra a Antígona de pie, en escorzo, con la mirada perdida en el vacío. Y por último, el efecto luminoso nos presenta a la joven sentada en el suelo con la espalda apoyada en las rejas y la cabeza inclinada sobre el hombro derecho; sus ojos abiertos se

pierden en un punto indeterminado. Estos tres compases de luz representan el avance del tiempo y con él el deterioro que sufre Antígona. La iluminación crece hasta deslumbrar ligeramente al espectador, con ello la oscuridad, por momentos, es total y el proceso de transición más efectivo. Una música adecuada refuerza la intención.

Hemón entra por la derecha, en el extremo opuesto una joven demacrada y derrotada apenas se deja identificar como Antígona: aquella joven llena de vitalidad y decisión. Hemón se aproxima. A cada paso que lo acerca descubre el estado en se encuentra su amada y la angustia se va reflejando en su rostro. Ligeras lágrimas descienden por sus mejillas. Éste es un camino sin retorno; la decisión que lo aleja de su padre y lo une definitivamente al destino de Antígona.

**HEMÓN.-** ¡Oh tumba! ¡Oh cámara nupcial! Ya ni siquiera los recuerdos me son familiares, pues han sido tan penosos estas últimas semanas que dudo de que antes esta cara macilenta me hubiera sonreído, y yo, gustoso, besara aquellos labios que hoy agrietados y grises mueren. Cuántas veces abrazados como ahora nos ofrecíamos la felicidad... bastaban los deseos para tenerla. ¡que gozo comprobar tu dicha en la mía y tu rostro en mi regazo... Y ahora ¡qué tristeza! Vivir a medias la vida, mutilar el tallo justo cuando retoña. ¡Oh, Antígona!, qué injusticia secar ese vientre justo cuando el deseo de ser madre estremece los sentidos y sonroja las mejillas, cuando la necesidad de amar y ser amada se despierta. ¡Oh, dulce juventud mutilada en su comienzo! (acaricia la cara de Antígona) Es doloroso perder a quién amas en el tránsito de una noche; lo es aún más contemplarlo en su lecho durante días hasta que cesa su hálito. Pero nada iguala a mi tortura, pues cada tarde acudo a contemplar tu deterioro, fruto de tu humanidad y mi cobardía... y te arropo entre mis brazos como último consuelo, quizá no tuyo, pues apenas recuerdas lo de ayer y mi nombre y mis manos se te muestran como extraños, si no mío, pues es mi decisión compartir tu destino... (incorpora ligeramente a Antígona) ¡Oh, Creonte cruel, padre maldito! Que sepultaste en vida a mi amada negándole el sustento. ¿Por qué acabar con su vida? ¿Tanto temor te despierta una niña? ¿Por qué la temes? Mírala, ¿qué puede

hacerte? **¿Qué arma, si no la humanidad, esgrimió contra ti? Observa ahora como tu decreto se cumple y Antígona muere...** (la abraza. Con dulzura tapa con su mano la boca y la nariz de Antígona) **Descansa, Antígona, sosiega tu ánimo y deja para mí esta última tarea. Ya que no pude socorrerte en vida déjame al menos liberarte de tus sufrimientos con la muerte.** (La abraza contra su cuerpo. Un levísimo estremecimiento de Antígona marca su muerte Antígona muere. Hemón ha de abrazar con más fuerza su cuerpo para que no se desplome.)

## **IX.- La venganza de Hemón.**

---

Hemón se incorpora con Antígona en los brazos. Reclama la presencia de Creonte. Su ira y decisión lo hacen recorrer todo el escenario. Se ha acercado al lateral izquierdo y grita al exterior.

**HEMÓN.- ¡Padre...! ¡Padre...!**

Creonte aparece por la derecha. Padre e hijo se sitúan, alejados, uno a cada extremo del escenario. Hemón porta a Antígona muerta en sus brazos

**HEMÓN.- Aquí te la muestro, padre. Observa su cuerpo sin vida. Sus miembros se mecen sin resistencia, su carácter rebelde no volverá a serte ingrato. Es tu alivio mi dolor ahora, mi único dolor. Éste es tu triunfo para los tebanos: la muerte de una adolescente.** (deposita el cadáver en el suelo)(Creonte intenta aproximarse)

**HEMÓN.- No, no te aproximes, no deseo que descubras a la Antígona desfigurada por el rictus de la muerte, ni mostrarte su piel macilenta sembrada de llagas, no. Quiero que recuerdes su tez sonrosada y sus labios fresco, aquellos por los que daría la vida si pudiera volver a sentir.** (Pausa. Hemón levanta los ojos y mira al padre) **Padre, el miedo a ti me ha dominado toda la vida. He sido un joven sin valor. Tu presencia me oprimía y jamás pude contradecirte incluso en lo injusto. Mis argumentos se desmoronaban ante tu intransigencia y tan sólo podía ahogarme y llorar hundiéndome más en mi miseria.**

CREONTE.- Eres todavía joven...

HEMÓN.- ¿Joven...? ¿Para qué? ¿Para decidir...? ¿Para seguir tus pasos y gobernar tiránicamente Tebas? ¿Para aprender de ti, que aprovechaste las muertes de Edipo y sus hijos Eteocles y Polinices para autoproclamarte rey...?

CREONTE.- ¡Basta...!

HEMÓN.- ¡No, no basta! Ahora seré yo el que limite mis palabras, el que decida mi vida... (Pausa) He matado a Antígona, padre, he matado a mi amante, he sido capaz de dejar atrás mi cobardía y tener valor para poner fin a su sufrimiento... ya avanza hacia el Hades marcándome el camino que he de seguir...

CREONTE.- ¿Qué camino, hijo...?

HEMÓN.- ... el mío, el de ella...

CREONTE.- Hemón, no es momento de decidir, los hechos superan tu fortaleza. ¡No dejes que tu sufrimiento acabe con tu futuro!

HEMÓN.- Yo, ya no tengo futuro, se me fue con ella...

CREONTE.- No es cierto, tu profundo dolor te turbia la razón y decides insensatamente. El futuro rey de Tebas debe superar cualquier adversidad. Has de sobreponerte, hijo, no es esto si no una prueba de tantas que habrás de franquear a lo largo de tu vida...

HEMÓN.- ...¿Qué vida...?, padre...

CREONTE.- La que sin duda te espera

HEMÓN.- no te percatas de que prevés mi vida tan sólo como una prolongación de la tuya... (Pausa), cuando te convencerás que este rostro no es el tuyo, que estas manos no anhelan ni el puño de una espada ni el oro de un cetro... cuándo al mirarme me verás. Soy un nuevo hombre que te desafía...

(Hemón saca el arma. Creonte teme lo peor y avanza hacia su hijo)

**Detente... no avances hacia mí, no anticipes el final**

**CREONTE.- No hay final, hijo, al menos el tuyo tardará en suceder. El dolor que sientes te precipita.**

**HEMÓN.- ¡Oh, padre! Ese gesto me conmueve... entiendes mi dolor..., entonces comprenderás mi decisión...**

**CREONTE.- ¿Qué decisión...? Es inhumano, ningún padre puede comprender esta decisión en su hijo...**

**HEMÓN.- Ves, no es mi dolor el que sufres, si no el tuyo, pues el mío anticipa liberación mientras el tuyo es sólo perdón. No quiero tu perdón, padre, de nada me sirve. Cuando te lo supliqué, cuando te pedí comprensión para el gesto de mi amante, para su súplica humana y fraternal me lo negaste, ahora el dolor es distinto, es tuyo, no puedes impedir que te penetre y te dañe... Mírame, padre. Mira a Hemón, tu hijo, que se despide, no me guía la soberbia ni la venganza; es el amor a Antígona: mi camino, y hacia allí me dirijo, hacia allá me voy... (se dispara)**

**CREONTE.- ¡No, no...!**

Creonte corre para detenerlo teniendo que atravesar la escena de un extremo a otro, pero momentos antes de alcanzarlo un disparo acaba con la vida de Hemón y Creonte sólo llega a tiempo para soportar entre sus brazos el cadáver de su hijo y evitar que caiga al suelo.

---

## **X.- La condena de Edipo.**

---

**CREONTE.- (con remordimiento) Yo soy culpable. Tan sólo mis yerros me llevaron a esto. ¡Oh!, muertes provocadas por mí; mutilador de vidas en su esplendor. Qué ciego estaba, qué ceguera me sobrevino para proclamar tan inhumano decreto.**

Por el centro y por el fondo entra Edipo. Parte de su túnica oculta su rostro. Se acerca a Creonte, que arrodillado sostiene el cuerpo inerte de su hijo. Edipo se detiene.

No te detengas, sigue tu camino, extranjero. No consueles a este hombre que soporta el cadáver de su único hijo. No me muestres consuelo porque no lo deseo. Quiero tragar mi pena sin disolverla, que su amargura me afecte... par siempre...

Edipo reanuda su camino.

(alzando la voz) Extranjero, recuerda mi cara, fija en tu mente mi desfigurado semblante para que no olvides quién soy. Ahuyenta de mí a los hombre, pues sin mis manos he dado muerte a mi hijo y a su amada. ¿Qué me queda ahora extranjero? ¿Qué bálsamo abreviará mi tristeza...? ¿Qué he de hacer para seguir viviendo...?

Edipo baja del escenario y se adentra en la platea.

Creonte prosigue sus lamentaciones junto a su hijo muerto.

La luz decrece en escena hasta el oscuro ahogando sus lamentos. Tan sólo un cañón de luz sigue los pasos de Edipo por la platea hasta que sale de ella.

Oscuro.

Telón

Llerena, noviembre 2005